

VIDA CRISTIANA Y DISCERNIMIENTO

Josep Vives, s.j.

EL SER HUMANO, SER DE DISCERNIMIENTO

1. “DIOS SE COMUNICA CON SU CRIATURA”

2. LA LIBERTAD –Y REPONSABILIDAD– DE HIJOS

3. DISCERNIMIENTO Y SEGUIMIENTO / IMITACIÓN DE JESÚS

4. NUESTRO DISCERNIMIENTO

EL SER HUMANO, SER DE DISCERNIMIENTO

Pese a lo que a veces puede oírse, el discernimiento no es un invento de los jesuitas. Ni siquiera de san Ignacio. Aunque es cierto que san Ignacio contribuyó, a través de los *Ejercicios*, a que se reconociera su importancia y se difundiera su práctica. Apurando la cosa podríamos decir que el discernimiento es tan antiguo como Adán y Eva: El árbol de la ciencia del bien y del mal bien podría decirse el árbol del discernimiento.

La necesidad de buscar el bien y distinguirlo del mal en este mundo, la necesidad de distinguir entre lo menos bueno y lo bueno, entre lo más bueno y lo óptimo, a partir de indicios que nos vienen dados por la misma realidad y que no pueden ser simplemente

elegidos arbitrariamente por el capricho o el gusto de cada momento... todo esto parece que es algo esencial, constitutivo, del ser humano como ser orientado a actuar con libertad y responsabilidad en relación con Dios, si es creyente, y en relación consigo mismo, con el entorno y con los demás aunque no fuera creyente.

Vivir actuando humana y responsablemente es vivir discerniendo en una u otra forma. No hablo todavía de lo específicamente cristiano; pero puede ser bueno empezar reconociendo que el discernimiento es una tarea permanente de todo hombre en toda situación. Esto como apunte inicial.

1. “DIOS SE COMUNICA CON SU CRIATURA”

Pero hablemos ya específicamente del discernimiento cristiano. En la vida cristiana el discernimiento debiera ser una actitud básica y hasta particularmente característica. Porque (pienso yo) lo central en la enseñanza praxica de Jesús es que no hemos de regular solamente nuestra conducta por sujeción a un código preestablecido, a un sistema de leyes morales o de prácticas religiosas y culturales, –y menos aún por la imposición de un conjunto de “tabúes” tradicionales como suele suceder en sociedades primitivas– sino por el ejercicio responsable de la “libertad de hijos”, de una relación amorosa con Dios revelado como “Padre”. Esto me parece algo central en el Evangelio: así se manifiesta en la crítica que Jesús hace precisamente a los escribas y fariseos y a sus principios de regulación de la conducta por la mera observancia del legalismo y del culturalismo.

1.1. Vida cristiana: en libertad y responsabilidad

Y, desde luego, esto es también el centro de la teología paulina: Pablo no se cansa de proclamar que ya no se trata de obedecer a la Ley, sino de vivir la relación con el Padre desde nuestra libertad de hijos, cosa que supone que los hijos buscan responsablemente “discernir” cual es la voluntad del Padre. En sustancia, se trata de vivir, no del cumplimiento de la Ley, sino de una relación amorosa con Dios revelado como Padre, y a impulsos de una fuerza interior que proviene del mismo Dios por mediación de Cristo, que es el Espíritu del Padre derramado en lo más hondo de nuestros corazones. Así lo expresa en carta a los Gálatas:

Nosotros, cuando éramos menores de edad, vivíamos esclavizados a las fuerzas cósmicas. Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, hecho hijo de mujer y sometido a la Ley, con la misión de rescatar a los que vivían bajo la Ley y otorgarnos la dignidad de hijos adoptivos. Y, siendo como somos hijos, Dios envió al centro de nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, un Espíritu que clama Abba, Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo (Gal 4, 3-7; cf. también Rm 3, 24; 6, 14-15; 8, 15, 17, etc.).

Tenemos aquí todos los elementos que determinan la centralidad del discernimiento cristiano desde una óptica teológica y –como no podía ser de otra manera– trinitaria: Dios Padre nos envía a su propio Hijo para liberarnos de la esclavitud de las fuerzas cósmicas y de la Ley, elevándonos a la dignidad de hijos suyos. Esto expresa la misión propia de Jesús, y nos ha de servir como clave de interpretación de toda su vida. La consumación de este proyecto que el Padre confía a Jesús se da cuando Jesús envía su propio Espíritu, que nos libera de la sumisión y nos hace vivir con la vida y dignidad de hijos. Esta vida de hijos ya no será una vida de esclavitud a una Ley extrínseca, sino el ejercicio de una libre y amorosa responsabilidad en la que todos han de discernir “lo que es mejor” (Fil 1,9), lo que corresponde a una conducta de hijos, lo que pueda ser en cada momento más grato al Padre, lo que más pueda contribuir a hacer efectiva la filiación de todos en la vivencia de la fraternidad.

1.2. La tentación de volver a la esclavitud

Bajo este aspecto, nunca se insistirá bastante en la centralidad del discernimiento en la vida del cristiano. Sin embargo, tendemos a olvidarnos de un elemento tan central. Lo explicó con términos precisos J.M. Castillo en su libro *El discernimiento cristiano* (Salamanca, Sígueme, 1984), donde dice que la tentación permanente del cristiano – como la de los antiguos hebreos en el desierto– es la de “volver a la esclavitud”, la de no asumir la responsabilidad de su filiación y de su libertad, la de buscar una seguridad despreocupada y cómoda en el simple cumplimiento de la ley y de la norma extrínseca, de las prácticas consuetudinarias –“es lo que todo el mundo hace”–, o de las tradiciones no discernidas –“siempre se ha hecho así”–; la de huir de la molestia de tener que examinar cada circunstancia y cada caso a fin de decidir por una verdadera y responsable opción propia y personal (aunque enmarcada y contrastada con el sentir de la comunidad de fe en la que hincan sus raíces toda vida cristiana).

He oído decir que el gran director de *Ejercicios* que es el P. Virgilio Elizondo explicaba que “los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne, y el cuarto, que es el peor de todos, la concupiscencia de seguridad”. Muchos buscan una seguridad fácil en el simple cumplimiento de la ley y de la norma extrínseca. Esto es cómodo, relativamente. Uno puede saber así fácilmente lo que hay que hacer: simplemente lo que está expresamente determinado y mandado.

1.3. La comunicación de Dios

Karl Rahner en un conocido libro (“*Lo dinámico en la Iglesia*” Barcelona, Herder, 1963, págs. 100 ss.) insiste en que lo específicamente cristiano es saber vivir en permanente discernimiento, porque, como sugiere san Ignacio en sus *Ejercicios* (EE 15) hay que partir de la convicción de que Dios *quiere y puede comunicarse personalmente a su criatura humana*, y no sólo a través de mediaciones generales expresadas en la ley natural o en las diversas formas de ley positiva. Esto es precisamente lo que implica la doctrina del Espíritu, tal como está en el Evangelio y, sobre todo, en Pablo.

La comunicación de Dios al hombre puede tener lugar a través de *signos exteriores*: la exigencia de la realidad en la que nos encontramos es ya signo de la voluntad de Dios para nosotros; pero Dios puede también comunicarse a través de mociones interiores personales, que, bajo determinadas condiciones, pueden ser reconocidas como provenientes de Dios. En esto hay que insistir, porque incluso personas que se llaman teólogos pueden tender a pensar que Dios ordena el mundo exclusivamente, o bien a través de las causas segundas, o bien, en el nivel religioso, a través de lo que podríamos llamar inspiración oficial: la Escritura, la Biblia, el Magisterio, etc... Si fuera así, la vida cristiana consistiría sencillamente en intentar acoger la voluntad de Dios en tanto que manifestada en la acción de las causas segundas sobre nosotros, y en obedecer lo que decidan y manden las autoridades competentes. En realidad no es raro encontrarse con gente que parece que quiere vivir en esta forma: “Yo hago lo que diga el Papa o el Superior; y me basta”.

Lo cual entiendo que es un cristianismo pobrísimo. Porque el Papa o el Superior no pueden ni deben decirlo y decidirlo todo. Y además, lo que ellos digan es inevitable que tú lo tengas que entender, interpretar y aplicar a la situación concreta; y si no andas con cuenta, al final, entenderás las cosas a tu aire y gusto y acabarás haciendo prácticamente lo que quieras, eso sí, entre protestas de estricta fidelidad a lo mandado. Seguro que todos podríamos contar abundantes casos de este proceder farisaico.

1.4. Más allá de la ética general y de la obediencia literal

Los cristianos, a quienes les ha sido prometido que será infundido el Espíritu de Dios en sus corazones, debieran saber que los principios de la racionalidad ética, los de la moral general, o los de la obediencia eclesial etc. son ciertamente necesarios, pero no suficientes para un adecuado conocimiento y cumplimiento de lo que Dios quiere de cada uno aquí y ahora. Un cristiano responsable no puede contentarse con cumplir lo mandado; mucho más si quiere ser de los que, en términos ignacianos, “*más se querrán afectar y señalar*” (EE 97).

El cristiano, por principio, ha de contar con que Dios puede y quiere manifestar determinadas voluntades singulares para él, que van más allá de lo que se puede prescribir en la moral general o en la racionalidad cristiana, que sólo pueden prever lo universal. La voluntad de Dios para cada uno de nosotros no puede adecuadamente deducirse o computarse ni a partir de los hechos constitutivos del mundo o del ser humano, ni siquiera a partir de una reconocida dimensión religiosa, legal o ética. Esto implicaría verlo todo sólo desde la religiosidad general y desde la ética general, dejando de creer en la relación libre de Dios para disponer de la salvación y santificación concreta de cada uno, negando prácticamente una presencia y acción concreta de Dios en nuestro mundo en la efusión del Espíritu a todos y a cada uno de nosotros.

Cuando se convocó el Concilio Vaticano II, K. Rahner publicó un lúcido artículo que tuvo cierta resonancia. Allí se preguntaba, haciéndose eco de los comentarios de muchos tradicionalistas: ¿Era necesario un Concilio? ¿Para qué? Si el Papa es infalible (Vaticano I), ya no era preciso que un Papa convocara un Concilio. El Papa, por su cuenta, puede definir lo que quiera o crea conveniente. He aquí la respuesta de Rahner:

Uno puede recibir la impresión de que toda la tarea salvífica en la Iglesia es llevada a cabo por Dios exclusivamente a través de la jerarquía. Esto sería una concepción

totalitaria de la Iglesia, que no corresponde a la verdad católica, aunque se encuentra en muchas cabezas eclesiológicas. Sería una simple herejía sostener que Dios opera siempre en su Iglesia exclusivamente a través de la jerarquía. Dios no ha dimitido en su Iglesia a favor de ella. El Espíritu no sopla de tal manera que su acción comience siempre por las autoridades eclesiológicas supremas. Existen efectos carismáticos del Espíritu, consistentes en nuevos conocimientos y en nuevas formas de vida cristiana, orientados hacia decisiones nuevas, de las cuales se encuentra la paz y el Reino de Dios. Son efectos del Espíritu, que aparecen en la Iglesia donde el Espíritu quiere. Puede Él conceder una tarea, grande o pequeña, para el Reino de Dios, a pobres, a pequeños, a mujeres, a niños, a incultos, a cualquier miembro no jerárquico de la Iglesia. Los jefes ciertamente deben examinar la obra del Espíritu en los carismáticos, mediante el carisma del discernimiento de los espíritus y el de gobierno. Deben regularla y orientarla, etc.; pero la jerarquía nunca deberá entender, ni velada ni abiertamente, que posee el Espíritu de manera autónoma y exclusiva y que los miembros no jerárquicos son meros ejecutores de órdenes o impulsos que provengan sólo de la Jerarquía. La Iglesia no es un estado totalitario en la escena religiosa y no es correcto insinuar que todo funcionaría en la Iglesia de un modo óptimo, si todo fuera institucionalizado al máximo, como si la obediencia fuese la virtud que sustituyese plenamente a todas las demás, incluso a la iniciativa personal, a la búsqueda particular del impulso del Espíritu, a la propia responsabilidad, negando todo carisma particular recibido directamente de Dios. (Selecciones de Teología n° 3, 1962, 135ss).

Esta es una doctrina bien fundada y válida en el nivel de la Iglesia universal así como en el de las diversas instituciones religiosas y obras apostólicas particulares.

1.5. Lo institucional y lo carismático

A veces uno tiene la impresión de que hay gente muy interesada en que todo lo que se refiere a la responsabilidad y libertad personal –lo carismático– sea reducido lo más que se pueda al mínimo, mientras que, en cambio, pretenden magnificar y extender lo más que se pueda lo institucional y reglamentado, con lo cual, piensan, todo funcionaría perfectamente controlado (es decir, todo resultaría perfectamente muerto). La ambición de controlarlo todo so capa de mayor seguridad –una ambición tan perniciosa como cualquier otra– está, por desgracia, muy extendida y consentida en la Iglesia. Pero, desde la fe, hemos de partir de la convicción de que existe el influjo del Espíritu Santo en las almas de los fieles –y no sólo en los constituidos en autoridad–, sin que haya que temer que necesariamente se haya de caer en un misticismo, un iluminismo o un anarquismo incontrolables. El problema puede estar en cómo reconocer este influjo del Espíritu y, sobre todo, cómo no caer en el engaño de pensar que cualquier moción más o menos bien intencionada o emotivamente acariciada ha de ser ya obra del Espíritu.

San Pablo ya tuvo que luchar con el problema de la amenaza de anarquía a causa de supuestos carismas espirituales. Lo explica en varios sitios, pero, sobre todo, en la primera carta a los Corintios. Parece que en las comunidades de Corinto empezaba a experimentarse una cierta anarquía entre los que pretendían seguir los carismas del Espíritu. ¿Qué hace san Pablo? ¿Apela a un mayor control de la autoridad? ¿Resuelve el problema imponiendo un uniformismo y negando la validez de todos los carismas

particulares? De ninguna manera. Su respuesta es: discernid los carismas, distinguiendo lo que pueda haber de auténtico en ellos y lo que no.

Para ello propone unos criterios. El principal es que los carismas “edifiquen” la comunidad. El Espíritu otorga carismas distintos, pero todos para la edificación del Cuerpo de Cristo. Si no lo edifican, sino que, al contrario, lo dividen y disgregan, no son auténticos carismas del Espíritu. El Espíritu, el mismo para todos, no se puede contradecir en sus carismas. Por eso, el “carisma mejor” es el del amor, el de la caridad, al que se da la primacía absoluta en el famoso capítulo 1Cor 13, tantas veces comentado. Pero de ninguna manera insinúa el Apóstol que hay que extinguir o dejar de lado el Espíritu.

No sería cristiana una interpretación minimalista de la acción del Espíritu, que supondría que el Espíritu de Dios no tiene nada que decir en cada circunstancia concreta, más allá de lo que pueda deducirse de una lectura racional de las fuentes generales de la revelación o de las prescripciones de la jerarquía.

Por eso san Pablo dice: “Si sois guiados por el Espíritu, ya no estáis bajo el dominio de la Ley” (Gal 5,18). Es como la definición del cristiano: es cristiano “el que es llevado por el Espíritu”, no el mero cumplidor de una ley. Lo mismo dice en Rom 8,14: “Los que son llevados por el Espíritu esos son los hijos de Dios”.

¿Quién es cristiano? ¿El que ha sido bautizado correctamente? ¿El que en todo obedece al Papa y a las normas de la Iglesia? En el sentido más pleno y vivo de la palabra, cristiano es –dice Pablo– el que es llevado por el Espíritu de Dios, aunque es obvio que el Espíritu no puede menos de llevarle a obedecer al Papa y a las jerarquías en lo que toca al Papa o a las jerarquías decidir.

Los dos ángeles que acompañan al hombre

Arranca de ti la tristeza y no aflijas al Espíritu Santo que habita en ti... Porque el Espíritu de Dios que ha sido dado a esta carne tuya, no tolera la tristeza ni la angustia. Así, pues, revístete de alegría, la cual encuentra siempre gracia delante de Dios y siempre le es agradable, y complácete en ella...

Dos ángeles acompañan al hombre, uno de justicia y otro de maldad... El ángel de justicia es delicado, recatado, manso y tranquilo. Así, pues, cuando este ángel penetre en tu corazón, te hablará inmediatamente de justicia, de pureza, de santidad, de contentarte con lo que tienes, de toda obra justa y de toda virtud reconocida. Cuando sientas que tu corazón está penetrado de estas cosas, entiende que el ángel de justicia está contigo... En cuanto a las obras del ángel de la maldad, en primer lugar es impaciente, amargado e insensato: sus obras son malas y capaces de abatir a los siervos de Dios. Has saber conocerle por sus obras: cuando te sobrevenga alguna impaciencia y amargura, entiende que él está dentro de ti. Igualmente cuando tengas ansia de hacer muchas cosas, o de muchos y exquisitos manjares, de muchas y varias bebidas, de embriagueces muelles e inconvenientes. Igualmente cuando tienes deseo de mujeres, o de posesiones, o de gran soberbia y altanería, y de otras cosas por el estilo. Cuando estas cosas penetren en tu corazón, sábetete que el ángel de la maldad está dentro de ti...

Hermas (s. II) Mandatos 10-11

2. LA LIBERTAD –Y RESPONSABILIDAD– DE HIJOS

Es bien conocido el bello libro del exegeta Joachim Jeremías que lleva como título *El Mensaje central del Nuevo Testamento* (Salamanca, Sígueme, 1981). Este mensaje central no es otro sino que Jesús ha venido a revelarnos a Dios como Padre. Jesús, viviendo la filiación, su total filiación con respecto al Padre, nos enseña cómo hemos de vivir nuestra filiación. Lo que Jesús viene a revelar es la singular relación que Dios, Padre suyo, quiere establecer con nosotros como hijos. La parábola del hijo pródigo (Lc 15) podría así considerarse como el lugar máximamente epifánico de esta revelación de Dios en el Nuevo Testamento. Se nos revela que, aunque no lo merecemos, somos hijos amados gratuitamente por Dios, a la vez que se nos revela que hemos de amarnos gratuitamente como hermanos que somos. (Y esto último es lo que se quiere indicar con la presencia en la parábola de la figura de aquel hermano mayor incapaz de amar gratuitamente y de alegrarse de la venida de su otro hermano). Según el evangelio, pues, vivir cristianamente es vivir reconociendo en nuestro obrar la paternidad de Dios con la vivencia praxica de la fraternidad.

2.1. El “mayor placer de Dios Nuestro Señor”

Otro lugar central de la revelación del Nuevo Testamento sería el *Padre nuestro*. El *Padre nuestro*, es un credo, no sólo una oración. Es un credo, una consagración y un acto de confianza. Cuando decimos el *Padre nuestro* simplemente nos confiamos a Dios como Padre, nos abandonamos a él en virtud de la palabra de su Hijo. Decimos entonces: *Que venga tu Reino y se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo...* Confiados, nos abandonamos al Padre y, a la vez, nos comprometemos a vivir como hijos; no a cumplir meramente como siervos, sino a buscar en todo lo que más agrada al Padre. San Ignacio lo expresó en una bella frase de su *Diario Espiritual*, (nº147). En un momento en el que buscaba claridad sobre lo que convendría establecer acerca de la pobreza en la Compañía, se define optando por “*el mayor placer de Dios Nuestro Señor*”. Había captado perfectamente lo esencial del seguidor de Jesús: vivir como hijo, buscando en todo el mayor placer del Padre.

2.2. Filiación en la responsabilidad y en la generosidad

Hemos visto cómo en la carta a los Gálatas (4,4-5) se extendía Pablo sobre el “*espíritu de filiación*”. El Apóstol explica allí que hemos sido rescatados de la esclavitud al mero principio de obediencia material a la Ley para pasar al gozo de la filiación adoptiva, de los que sirven en libertad buscando en todo, en la aludida expresión ignaciana, *el mayor placer de Dios Nuestro Señor*.

Esclavo es el que se limita a hacer lo mandado. Hijo es el que busca complacer en todo al Padre. Vivir como hijo implica una actitud de profunda entrega a Dios, de búsqueda de “*lo que más conduce*” (EE 23) a realizar el amoroso designio que el Padre tiene sobre nosotros. La gente pregunta a veces: “Padre, ¿es esto pecado?” Para muchos parece que el summum de su praxis cristiana es evitar lo que sea pecado, evitar lo prohibido. Quizá nuestra predicación a veces ha fomentado esos caminos de un moralismo meramente extrínseco. “Padre ¿es pecado?”, dicen. La pregunta tendría que ser: “Padre, ¿podría hacer algo mejor...?” Si se tiene una idea mínimamente correcta de quien es Dios, uno tendría que estar preguntándose constantemente: “¿Qué puedo yo darle todavía a Dios?” Esta es la dinámica que Ignacio quiere infundir en el ejercitante ya desde el *Principio y Fundamento* de los *Ejercicios*, en el que se quiere dejar bien sentado que la vida del hombre sólo tiene sentido cuando se plantea como una relación amorosa de entrega total a Dios.

2.3. Discernir la voluntad de Dios para cada uno en singular

Pablo decía, pues, que la vida cristiana es una vida de filiación, que consistiría en vivir, no como esclavos de las fuerzas cósmicas, –lo que, como sugiere Rahner, quiere decir bajo el imperio de la pura ley natural–; o como esclavos de la Ley positiva. La plenitud cristiana consiste más bien en vivir buscando responsablemente lo que Dios puede querer de mí en las circunstancias concretas de mi vida. En Filipenses 1,9-10, amonestará Pablo a sus cristianos que han de saber “*discernir lo que es mejor y quedarse con ello*”. Esto es lo que verdaderamente corresponde a un comportamiento de hijos.

Además, Dios no nos trata a los humanos como números anónimos de un inmenso rebaño, esperando que todos sigamos una vía única e indiferenciada. En su infinito amor, sabiduría y bondad se ha recreado en hacernos singulares y distintos: ningún humano es absolutamente igual a otro en sí mismo y, menos aún, para Dios. Soy para Dios una persona única y singular. Soy único en lo que soy y en las circunstancias que me ha tocado vivir.

Dios tiene un amoroso designio diferenciado para cada uno de nosotros. Se ha señalado recientemente que toda la tradición espiritual hablaba de la exigencia de que cada uno ha de procurar “*cumplir*” en todo la voluntad de Dios; pero hasta Ignacio nadie había insistido tan claramente en que para ello es necesario ponernos a “*buscarla*”, “*descubrirla*” a través de los diversos signos con los que Dios nos puede manifestar qué es lo que quiere de nosotros.

Por esto indica Ignacio en el mismo comienzo de los *Ejercicios* que éstos no son más que una metodología dirigida a “*buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de la vida, para la salud del ánima*” (EE 1).

La acción del Maligno y la del Espíritu

El demonio impuro, cuando viene al alma, viene como un lobo codicioso de sangre, preparado para devorar las ovejas. Su venida es cruel, y se deja sentir poderosamente: se oscurece la mente. Su ataque es injusto, como de quien arrebatara la propiedad ajena, ya

que hace violencia para servirse del cuerpo y de los miembros ajenos como si fueran propios. Siendo pariente del que cayó del cielo, provoca la caída del que está de pie... No es así el Espíritu Santo. Al contrario, todo lo hace para bien y para salvación. Su venida es tranquila, su presencia perfumada, su yugo suave. Antes de su venida resplandecen rayos de luz y de ciencia. Viene con entrañas de protector, ya que viene a salvar, a curar, a enseñar, a amonestar, a fortalecer y a consolar. Él ilumina la mente, primero del que le acoge, y luego, a través de éste, la de todos los demás... Cirilo de Jerusalén, Catequesis, XVI, 15-16.

Dos amores en pugna

Dos son los amores que en esta vida luchan entre sí en toda tentación: el amor al mundo y el amor a Dios. Y el que venciere de estos dos, arrastra hacia sí al amante como una gran mole. Porque no llegamos a Dios con alas o con los pies, sino con los afectos. Y no nos apegamos a la tierra con lazos o cuerdas materiales, sino con los afectos contrarios. Vino Cristo a mudar el amor, y de terreno que era, hacerlo amador de lo celeste...Esta es la contienda en la que nos hallamos: la lucha con la carne, la lucha con el diablo, la lucha con el mundo... S. Agustín, Sermón 344, 1

3. DISCERNIMIENTO Y SEGUIMIENTO/IMITACIÓN DE JESÚS

Como he insinuado al principio, nuestra tentación permanente es la de alienarnos en lo más fácil. Desgraciadamente en demasiados casos es verdadera la acusación de la filosofía moderna cuando dice que la religión lleva a la alienación: nos alienamos muy a menudo en la irresponsabilidad, el conformismo, la rutina. Tomando otro texto de Pablo (Fil 1,9), podemos leer: “*Pido en mi oración que vuestro amor siga creciendo en conocimiento perfecto y en todo discernimiento*”. Porque el amor crece y se fortalece en el conocimiento perfecto y en el discernimiento, pero, en cambio, se debilita y disminuye en el conformismo, en la rutina y en el tradicionalismo muerto. Es que el discernimiento se enmarca en un movimiento de tensión hacia lo mejor, en un impulso que lleva a crecer y a profundizar en el amor.

3.1. “Las mismas actitudes de Cristo Jesús”

Sigue entonces Pablo exhortando a los de Filipos a tener *los mismos sentimientos (las actitudes) de Cristo Jesús* (Fil 2,4). Se trata de pasar a la imitación y al seguimiento de Cristo Jesús por medio del discernimiento. Hay que saber descubrir, buscar y valorar las actitudes de Cristo como indicios y signos de lo que puede ser la voluntad de Dios para nosotros. El discernimiento resulta entonces ser una condición esencial para el seguimiento de Jesús. Porque el seguimiento de Jesús no ha de consistir en una mera imitación material de lo que Él hizo. Se dice de Carlos de Foucault que, en un principio, cuando todavía no estaba muy adelantado en su vida espiritual, quería vestir como Jesús, dejarse la barba, vivir en unas condiciones que fuesen una imitación material de las que él imaginaba que se dieron en la vida de Jesús en Nazaret... Algo semejante le pasó a San Ignacio en los primeros tiempos de su conversión. Pero son las actitudes profundas de humildad y amor incondicional a los hombres lo que debemos imitar de Jesús; y es a través del discernimiento como hemos de descubrir en qué forma hemos de reproducir estas actitudes en nuestras vidas aquí y ahora.

3.2. Jesús como modelo

Esta forma de entender la vida cristiana como *seguimiento/imitación* de Cristo es sólo una consecuencia del hecho de que Cristo no es meramente un hombre que dice o manda algo de parte de Dios (como fue el caso de los profetas), al que habría que escuchar y obedecer. Cristo es Dios mismo hecho hombre, Dios que entra a vivir nuestra realidad humana como nosotros. Así Cristo es el Hombre en quien se realizan todos los designios de Dios sobre los hombres, el Hombre absoluto, perfecto, según Dios, modelo y paradigma de la *Humanidad Nueva* que Dios quiere restaurar. Por ello el tema de la *imitación/seguimiento* es absolutamente central en el cristianismo, que no es una religión de los que aceptan las enseñanzas de Cristo –como se podrían aceptar las enseñanzas de Sócrates o de Laotsé–, ni tampoco la de los que están dispuestos a seguir

sus mandatos –a la manera de los viejos rabinos judíos– sino que es la religión de los que, convencidos de que Cristo es presencia de Dios mismo asumiendo la realidad humana, le toman como modelo absoluto e imagen perfecta de lo que debiera ser el hombre.

3.3. Jesús, la singular “revelación” de Dios

Jesús es, pues, revelación y comunicación de Dios, más por la manera como vive y actúa que por lo que manda o enseña. Se nos presenta como el lugar de la revelación de Dios, no en gloria y poder, sino en comunión, solidaridad, misericordia... Por eso Jesús nace en suma pobreza y anda toda su vida entre pobres y pecadores. Para ser discípulo y seguidor de Jesús no se trata primordialmente de aceptar una doctrina, sino de entrar en un modo de ser y de vivir en relación con Dios y con los demás. Jesús no es un maestro supremo de moralidad (como afirmarían Renan y otros), que nos habría dejado un código doctrinal o ético, para que luego sus discípulos viviéramos de esas enseñanzas. Más bien Jesús es el hombre en quien se revela la plenitud de la bondad salvadora de Dios y, por tanto, es el hombre perfecto, en quien nos tenemos que mirar para realizarnos como hombres según Dios.

Si hablamos de imitación de Cristo, de seguimiento de Cristo, se trata de un seguimiento de Cristo que ha de saber discernir lo que él quiso ser para nosotros de parte de Dios. Hemos de discernir cómo hemos de realizar en nosotros su relación de íntima unión con Dios, de total y plena obediencia al Padre, de total y pleno cumplimiento de los designios de Dios... Jesús, no dice sólo: ¡Cree lo que yo digo!, sino que dice: ¡Sígueme! Se refiere a los discípulos como a “los que me habéis seguido”. Pablo dirá también: “*Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*” (1Cor 1,1), exhortando, como decíamos, a *tener las mismas actitudes de Cristo Jesús*. Las tres categorías: *Imitación, Seguimiento, Discernimiento*, se reclaman mutuamente y han de ir siempre juntas.

La tarea de la imitación/seguimiento de Jesús comporta como dos momentos esenciales: primeramente una contemplación reflexiva, acompañada de identificación afectiva, sobre la vida de Jesús, a fin de descubrir, a través de esa contemplación las formas y actitudes fundamentales de su comportamiento en relación con el Padre, en relación con los hombres y en relación con el mundo. Esto constituye, en realidad, el meollo mismo de los Ejercicios: adquirir un *conocimiento interno de Jesús*, contemplando en detalle su vida, identificarnos afectivamente con lo que ésta significa y contiene, para sacar *algún provecho* (*ibid.* 107, 108). Y, en segundo lugar, –o al mismo tiempo, tal vez– un análisis crítico sobre nuestra propia condición sociohistórica, nuestra propia situación personal y nuestras formas de actuar, a fin de *hacernos conformes* con las actitudes y comportamientos de Cristo Jesús.

3.4. “Conocimiento interno de Cristo Nuestro Señor” (EE 104)

Los *Ejercicios* vienen a ser, en síntesis, un proceso en el que se trata de hacer nuestras las actitudes de Cristo Jesús, cosa que, previamente, requiere habernos situado en un nivel de total disponibilidad e *indiferencia*, es decir, de no buscar los propios intereses, renunciando a todo aquello que no sea lo que Dios quiere de nosotros.

Ahora bien, ¿cuales son estas actitudes de Cristo Jesús? Tomar a Jesús como modelo puede presentar para nosotros una notable dificultad. Jesús vivió en un contexto histórico-social concreto muy limitado y, sobre todo, muy distinto del que nos toca vivir a nosotros. Es evidente que no le podemos “imitar” materialmente en su manera concreta de vivir o de comportarse con las instancias religiosas, sociales o políticas de su tiempo, que hoy son totalmente distintas. Es aquí donde la categoría de “imitación” ha de abrirse a la más amplia de “seguimiento”: no se trata de una imitación *material*, sino *formal*; no se trata de imitar los actos concretos, pero sí las “formas,” el sentido e intención que se puede descubrir en el comportamiento de Jesús. Se trata de *seguir* a Jesús, de hacer *nuestro* camino siguiendo la manera como él hizo su camino. Y es aquí donde inevitablemente ha de entrar en juego la categoría de discernimiento: *hemos de discernir la correspondencia o falta de correspondencia entre las formas de actuar de Jesús y las nuestras, teniendo en cuenta la diversidad del contexto histórico-social.*

Si prestamos atención contemplativa a lo que los evangelios nos dicen sobre Jesús, hallaremos que sus actitudes básicas van todas en esta línea: fidelidad y entrega total a Dios, su Padre, en la totalidad y fidelidad de su entrega a los hombres, sus hermanos. Jesús viene a enseñarnos con hechos aquello de que *“la gloria de Dios es la vida de los hombres”* (la famosa frase de Ireneo, que pusieron en circulación, sobre todo, los teólogos de la liberación). En otros tiempos, quizá, pensábamos que la gloria de Dios era construir imponentes edificios o custodias de oro, plata y mucha pedrería, o montar grandes festejos religiosos de mucha espectacularidad... ¡Todo esto puede tener muy poco que ver con la gloria de Dios, y mucho que ver con la vanidad de los hombres! Donde verdaderamente hay gloria de Dios es donde Dios es reconocido como Padre de todos y donde, porque Dios es reconocido por Padre de todos, todos nos reconocemos efectivamente como hijos de Dios. Esto es lo que Jesús vino a proclamar y a enseñarnos con su vida y con sus obras. Por eso, frente a los escribas y fariseos de su época, que ponían la gloria de Dios en el cumplimiento más estricto de determinadas prescripciones legales o culturales, Jesús rompe esta falsa concepción de la gloria de Dios, cura en sabbado, mantiene contacto con samaritanos y publicanos, así como con las prostitutas y los leprosos que el legalismo había marginado. Jesús es, en frase feliz, *el hombre para los demás* (Bonhoeffer), pero porque es el hombre para Dios y el hombre de Dios.

3.5. El discernimiento nos hace “excéntricos”

El discernimiento en confrontación con Jesús, *hombre para Dios y para los demás*, nos ha de iluminar sobre cómo hemos de ser hombres de Dios para los demás. Cada uno en su situación y en su momento concreto de vida y en las circunstancias de la misma. Entramos aquí en una cualidad muy profunda del discernimiento visto desde Jesús: Como “hombre para los demás”, Jesús es un hombre que podríamos llamar “excéntrico”, en el sentido etimológico de la palabra. Es decir, su centro no es él mismo. Él es el Hijo, que es todo referencia al Padre. Y es nuestro hermano, que es todo referencia a nosotros. Jesús no se afirma a sí mismo como centro de nada. Siempre y en todo se mueve a ritmo de Dios, lo que le lleva a moverse a ritmo de los demás, atendiendo a los demás.

Esta es una de las propiedades del discernimiento: la de hacer al ser humano “excéntrico”, salido de sí mismo. San Ignacio dice en los *Ejercicios* que *“tanto uno aprovechará cuanto más saliere de su propio amor, querer e interés”* (EE 189). Se trata

de guiar nuestra conducta, no por el propio gusto o por el propio parecer, sin centrar toda la vida humana en la autoafirmación de uno mismo, como hace casi siempre la mayoría de la gente. Se trata de hacernos verdaderamente des-centrados, “ex-céntricos”; de hacer depender nuestras decisiones, etc., del Otro y del otro. En definitiva, seguir/imitar a Jesús siguiendo lo que a través de la luz del Espíritu de Jesús se me manifiesta en mi situación concreta y actual como más conforme con lo que Jesús vivió.

3.6. Discernimiento y opción por los pobres

Desde otro punto de vista es evidente que hay una relación básica entre seguimiento/imitación, discernimiento y opción por los pobres. La opción por los pobres no es para el cristiano una opción de tipo sociológico, político o económico, sino una opción de fe, en el sentido de que, a imitación de Jesús, hay que optar por aquellos por los que opta Dios, los que la conducta habitual de los hombres, el proceder mundano, no quiere reconocer como hijos de Dios. Se trata de reconocer a los pobres como aquellos para quienes hay que recuperar la dignidad de hijos de Dios, y por eso, como aquellos que Dios quiere que sean especialmente atendidos. Esto será, sin duda, una de las cosas que Dios pedirá de nosotros en todo discernimiento, y una señal de que nos guía su Espíritu.

Una anécdota, para distender: Hace unos años, unas buenas monjas de una importante ciudad de Andalucía me pidieron que les ayudara en los oficios de Semana Santa. Vivían en un barrio muy pobre, de chabolas; tenían una guardería, una escuela infantil y obras de promoción... Un día, durante la comida, una hermana se levanta y me dice: - Perdone, padre, es que tengo que ir a dar catequesis. -No faltaba más, vaya usted tranquilamente, le dije. -Pero es que hoy tengo una angustia: me toca hablar de las Bienaventuranzas, y ¿cómo les digo yo a esos desgraciados: *Bienaventurados los pobres?*- En aquel momento se me ocurrió decirle (nunca lo había pensado): -No se preocupe, hermana. Lo importante es que esta Bienaventuranza usted la está practicando. Ellos la reconocerán en usted, porque usted procura hacer felices a estos pobres en la medida en que usted les ama-.

Las Bienaventuranzas hay que practicarlas, antes de predicarlas. El que está muy bien y muy cómodo en su casa o comunidad difícilmente podrá predicar sin cinismo: *¡Bienaventurados los pobres!* Jesús las practicó, haciendo bienaventurados a los pobres. Cuando vinieron los discípulos de Juan, a los que éste, –un poco ladino–, envió a preguntar si era él el Mesías (Mt 11,2-6): *¿Eres tu el que ha de venir?*, Jesús responde haciendo lo que solía: Sigue curando ciegos, cojos, leprosos... y no parece hacer mucho caso de los discípulos de Juan. Pero luego les dice: *Id a contar a Juan lo que habéis visto y decidle esto... Los pobres son evangelizados;* según suelen traducir las versiones corrientes. La traducción más adecuada sería: *y decidle que hay gozo para los pobres.* La señal de que llega el Reino de Dios es que hay gozo para los pobres, es decir, que son superadas todas las diferencias que el pecado ha establecido entre nosotros. El auténtico Espíritu de Dios nos llevará de alguna u otra forma a reconocer y discernir que donde hay gozo para los pobres hay gozo para Dios.

3.7. Discernimiento y conversión

Ahora bien, esta propuesta que Jesús hace del Reino de Dios como nueva manera de vivir en la que los hombres reconocen a Dios como Padre reconociéndose como hermanos, es una propuesta que Jesús no viene a imponer, sino a proponer. Es propuesta. Por esto el Reino de Dios está cerca, pero no se impone por la fuerza. Por eso la propuesta va acompañada de una interpelación: ¡Convertíos! ¡Cambiad de modo de actuar! El anuncio de la proximidad del Reino de Dios suscita la necesidad de conversión.

Conversión quiere decir que el Reino no se consigue por la imposición de una nueva ley, más perfecta o más elaborada que la de Moisés... Esto sería continuar en el sistema antiguo, el sistema legal. Jesús viene a proponer lo que Dios quiere de nosotros, para que nosotros nos decidamos a cumplir, como decíamos con Ignacio, *el mayor placer de Dios (lo que le agrada, Jn 8,29)*. Dios no quiere imponerse: pide que nosotros decidamos. La conversión la decidimos nosotros, evidentemente, con el impulso de la gracia del Espíritu de Dios. El discernimiento nos ha de llevar a una actitud de permanente conversión a Dios, haciéndonos, como decíamos, “ex-céntricos”, es decir, saliendo siempre de nosotros mismos hacia Dios y hacia los demás.

3.8. Seguimiento y conflictividad

No hay que disimular que la urgencia cristiana de vivir la filiación y la fraternidad comportará conflictividad con los intereses de este mundo y con las estructuras con que los hombres defienden esos intereses. Gustavo Gutiérrez, sin duda autoridad en estas cosas, dice: *El conformismo es la antítesis de lo cristiano*. Y tiene razón. Esto no quiere decir que el cristiano haya de estar sistemáticamente contra todo. Pero, desde luego, el conformarse a lo que todo el mundo hace, seguir las rutinas, incluso piadosas o eclesásticas, no lleva a realizar plenamente la voluntad de Dios.

El mismo Jesús entra en conflicto con las prácticas institucionales y los intereses inveterados (religiosos, sociales, políticos, económicos). Jesús no se presenta ciertamente como un revolucionario, con un programa de revolución propugnada desde alguna ideología. Jesús no cae en la tentación, frecuente en los reformadores, de querer imponer a la fuerza su propio “yo” o su ideología. Pero Jesús no renuncia a proclamar el derecho y la dignidad del otro como hijo de Dios, aunque esto le atraiga la enemistad de los que quieren seguir disfrutando de su egoísmo insolidario.

Así pues, desde un comienzo hemos de tener en cuenta que el discernimiento en seguimiento de Jesús nos llevará casi inevitablemente también al conflicto y a la pasión: *No es el discípulo mayor que su Maestro (Mt 10,24)*; *Nadie puede servir a dos señores (Mt 6,24)*; *Quien no está dispuesto a cargar con su cruz, no puede ser mi discípulo (Lc 14,27)*...

Escuchar la voz de Dios dentro de nosotros

Cuando Dios nos creó, puso dentro de nosotros un poquito su propia vida, parecido a una llamita viva y luminosa como una centella, con el fin de que ilumine nuestro espíritu haciéndonos ver la diferencia entre el bien y el mal. Es lo que se llama la conciencia. Ella tiene en sí los mandamientos esenciales. Los Padres la comparan a

los pozos que Jacob hizo cavar y que los filisteos rellenaron (Gn 26,15). Cuando todavía no se habían escrito los libros de Moisés, nuestros antepasados en la fe y los amigos de Dios obedecían a la ley de su conciencia, haciendo lo que era agradable a Dios. Pero luego, poco a poco, los humanos fueron por malos caminos, de manera que cegaron hasta lo más hondo su conciencia. Entonces fue necesaria una Ley escrita, la Ley de Moisés; fueron necesarios los profetas, amigos de Dios; fue necesario incluso que nuestro Señor Jesucristo viniera para hacer que nuestra conciencia despertara y volviera a la luz del día. Entonces la centella oculta salió de nuevo la vida, mediante la obediencia a los mandamientos de Dios. Ahora, pues, nosotros podemos escucharla de nuevo, hacer que brille y que nos ilumine, si le obedecemos. Porque puede suceder que nuestra conciencia nos diga que hemos de hacer tal cosa, y nosotros no le hagamos caso. Puede insistir hablando de nuevo, y nosotros seguir sin hacer lo que ella nos dice: entonces la vamos pisoteando bajo nuestros pies y acabamos enterrándola. Llegados a este punto, nuestra conciencia se hace opaca y ya no nos puede hablar con claridad, a causa de tantas cosas como hemos arrojado sobre ella. Una lámpara ya no puede brillar con claridad si se le echa tierra encima. Es así como la conciencia comienza a ver menos nitidez, es decir se sume en la opacidad. Si el agua está revuelta de lodo, no podemos ver en ella nuestro rostro. De esta suerte, poco a poco, no llegamos ya a oír la voz de nuestra conciencia. Podemos llegar al punto de pensar que ni siquiera tenemos conciencia: y con todo, no hay nadie que no la tenga. Como he dicho, la conciencia es algo de la vida de Dios que hay en nosotros, y no puede morir jamás. Nos recuerda constantemente lo que debemos hacer, por más que nosotros ya no queramos oírlo, porque la despreciamos y la pisoteamos bajo nuestros pies.
Doroteo de Gaza (Siglo VI) Cf. SCh 62

4. NUESTRO DISCERNIMIENTO

A nosotros, si queremos ser seguidores de Jesús, nos toca recorrer nuestro propio camino tras él. Por una parte, *con los ojos clavados en Jesús, iniciador y consumidor de nuestra fe, quien, en lugar de buscar la satisfacción fácil, soportó la cruz sin miedo al descrédito* (Heb 12,2); pero, por otra parte, como ya hemos insinuado, con atención lúcida a nuestra propia situación histórica, externamente muy distinta de la suya, aunque muy semejante en el fondo por lo que respecta a nuestras relaciones con Dios y con los demás hombres.

4.1. Discernimiento e historia concreta

Jon Sobrino, en su *Cristología desde América Latina* (México, 1977, 115-116) escribe a este propósito:

El cristiano no debe ‘imitar’ a Jesús, precisamente porque a la moral de Jesús le compete intrínsecamente su realización histórica. Según Jesús no hay existencia moral

sin ubicación en la historia. Pero su ubicación histórica es en principio irreplicable... La disponibilidad del seguimiento es la disponibilidad a reproducir en otro contexto histórico el movimiento fundamental de concreción de los valores genéricos de Jesús, aun cuando de antemano no se pueda decir exactamente cómo se va a desarrollar ese proceso.

Por eso, decíamos, hay que estar constantemente en discernimiento. La manera concreta cómo yo he de seguir viviendo este seguimiento de Jesús dependerá de la situación concreta con que me vaya encontrando. Esto significa que nuestro discernimiento no puede prescindir de un análisis lo más completo posible, con todos los medios que se puedan tener a mano, de nuestra situación en nuestro entorno. No es bastante mirar sólo al evangelio o cumplir con lo que está mandado. No es bastante el testimonio ingenuo de la propia conciencia –“la conciencia no me acusa de nada”–, sino que conviene hacer un esfuerzo serio para desenmascarar las formas sutiles con que el pecado, el egoísmo, la insolidaridad, la manipulación y el abuso de las personas, etc. se infiltran en cada uno de nosotros. Sobre todo hay que desenmascarar las estructuras y comportamientos sociales y universalmente admitidos, que en realidad son contrarios al espíritu del evangelio. Hemos de saber preguntarnos quién paga realmente el coste de nuestro bienestar y confort material y espiritual, de nuestras riquezas –pocas o muchas–, de nuestras oportunidades de cultura, de ocio, de promoción de las que disfrutamos a veces tan inconscientemente... Hemos de atrevernos a preguntarnos por qué y cómo hemos llegado a tener posibilidades que otros no tienen, y no hemos de retraernos de confesar que tal vez las posibilidades que tenemos no son más que las que nosotros, o las estructuras sociales con las que vivimos en complicidad, han arrebatado a los más débiles o a los menos capaces de defenderse.

4.2. La ley del amor sin medida

Pero no hemos de considerar el discernimiento sólo desde este aspecto, que podríamos calificar de negativo. La vida cristiana no consiste sólo en evitar el mal y luchar contra él. El auténtico seguidor de Jesús busca el bien, el máximo bien posible, para responder así al amor total de Dios manifestado, sobre todo, en la entrega total de Jesús por nosotros. Estamos en la ley del amor sin medida. Esto es lo que se nos dice en el sermón de la montaña, después de las Bienaventuranzas: “*Habéis oído...; pues yo os digo...*” No se trata de anular la ley, pero sí de superarla con el amor.

4.3. “El Espíritu ayuda nuestra debilidad”

El proyecto de seguimiento de Jesús en discernimiento constante podría parecernos atractivo en sí mismo, pero imposible de realizar con nuestras fuerzas. Y efectivamente es así. Hemos de convencernos de que sólo con la fuerza del Espíritu de Jesús podremos seguir a Jesús. El discernimiento cristiano consiste en ponernos en la disposición de dejarnos llevar por el Espíritu de Dios, que nos ha sido prometido. Discernir cristianamente es dar un cheque en blanco al Espíritu de Dios. San Pablo dice que *el Espíritu que viene a ayudarnos en nuestra debilidad y nos hace clamar: ¡Abbá! ¡Padre!* (Rom 8,15).

Los que viven según la carne apetecen lo carnal; pero los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios; no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden. Así los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros (Rom 8,5-9).

En el sermón de la Cena Jesús explica a los suyos cómo será la acción del Espíritu en sus vidas. Les dice que el Espíritu será para ellos “*otro Paráclito*”, palabra con la que se indica aquél que viene en ayuda de otro en un momento de necesidad. El “*otro Paráclito*” será el que dará la fuerza para aquello a lo que nosotros no llegaríamos (Jn 14,16). “*El Paráclito os conducirá a la verdad completa*” (Jn 16,13). Y esto es precisamente lo que hace el Espíritu en el proceso de discernimiento: nos va llevando a la vida, la verdad que nosotros necesitamos en cada momento. Hacia la verdad completa. Dejarse guiar por el Espíritu es dejarse llevar *hacia* la verdad completa, no la teórica y dogmática, sino la verdad “*que se hace efectiva en la caridad*”.

Además. “*Él os enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho*” (Jn 14,26). Nos hace capaces de reconocer el sentido que tiene para nosotros aquí y ahora lo que Jesús hizo y dijo. No se trata de que el Espíritu nos recuerde materialmente las palabras de Jesús, sino de que él actualizará para nosotros el sentido de las palabras y acciones de Jesús, haciéndonos comprender su incidencia en cada nuevo contexto. La historia del cristianismo muestra que ha sido así: los santos han imitado a Cristo de mil maneras exteriormente diversas, según los requerimientos de las diversas situaciones en que se han encontrado. Pero en la sorprendente diversidad de imágenes de Cristo que ellos han representado hay una admirable unidad esencial, que podríamos expresar, una vez más, como una radical fidelidad al servicio de Dios Padre en la radical fidelidad al servicio y amor de los hermanos.

Solía decirse que la revelación ha terminado con el último de los apóstoles. Y esto es verdad, porque como dice tan bellamente san Juan de la Cruz (*Subida al Monte Carmelo*, L.2, c.22), Dios “*en darnos como nos dio a su Hijo... todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene otra... Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los Profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo*”. La revelación está toda dada en el Hijo: pero la comprensión y aplicación de esta revelación en cada momento de la historia está siempre inacabada: es la obra del Espíritu del Hijo a través del discernimiento.

4.4. Discernimiento por consolaciones y desolaciones

San Ignacio supone que la acción del Espíritu de Dios en el alma podrá reconocerse por los efectos que produce en ella. En realidad es el mismo principio que Pablo propone a los Gálatas, cuando les enseña a reconocer las “*obras de la carne*” y a contraponerlas a los “*frutos del Espíritu*”, que son “*amor, alegría, paz, capacidad de afrontar el sufrimiento, ternura, bondad, fidelidad, mansedumbre, autodomínio; contra tales cosas no hay que apelar a la Ley*” (Ga 5,17ss).

Esta doctrina paulino-ignaciana sobre el reconocimiento de la presencia del Espíritu de Dios por sus efectos de consolación responde a una profunda intuición a la vez teológica

y psicológica. Como apuntó E. Przywara en su comentario de los *Ejercicios (Deus semper maior, I, 250-1)* la consolación y la desolación vienen a ser como el eco positivo o negativo de la actitud que el sujeto –creado a imagen de Dios y existencialmente destinado a la comunión con él– mantiene con respecto a las más profundas exigencias de su ser. Manifiestan los ocultos afectos que de hecho favorecen o estorban el dinamismo existencial básico del hombre orientado hacia Dios. Cuando el hombre se deja llevar por el Espíritu de Dios, este dinamismo se encontraría favorecido positivamente, produciendo la “consolación” con los concomitantes “frutos del Espíritu”. Sólo cuando el corazón está tomado por afectos desordenados contrarios al buen Espíritu, puede éste producir –como sagazmente vio Ignacio– efectos de tristeza o aparente desolación. Pero de sí mismo “*es propio del buen Espíritu consolar*”, producir los efectos positivos tan bien sintetizados por Pablo. Consolación y desolación vienen a expresar así la armonía o desarmonía de las decisiones y actitudes concretas del hombre con respecto a las exigencias y anhelos más profundos de su ser destinado a la comunión con Dios. Por eso también la consolación es algo más interior al hombre que la desolación. Esta es siempre algo contrario a lo que debiera ser, y en este sentido algo accidental y transitorio. En cambio la consolación responde a la relación que habitualmente debiéramos tener con Dios, nuestro principio y nuestro fin último. Es lo que había visto ya lúcidamente san Atanasio, cuando escribe en su *Vida de Antonio*:

Con la ayuda de Dios, es fácil distinguir la presencia de los malos o buenos espíritus. La visión de los santos no es perturbadora. Su presencia es tan serena y tranquila, que rápidamente produce en el alma el gozo, la alegría y la confianza, ya que con ellos está el Señor, que es nuestro gozo y la fuerza de Dios Padre. Entonces los pensamientos del alma permanecen sin turbación ni agitación, de modo que el alma iluminada puede ver por sí misma lo que se le manifiesta y es penetrada del deseo de las cosas divinas y de los bienes futuros... En cambio, los espíritus malos aparecen con invasión tumultuosa, acompañada de estrépito, ruidos y gritos, como de niños maleducados o de ladrones atracadores. Producen en seguida temor en el alma, agitación, desorden mental, abatimiento, odio contra los demás, desgana, tristeza, recuerdo del mundo y temor a la muerte; y finalmente, el deseo del mal, el desaliento ante la virtud y la degradación de la conducta. (capítulos 35-36).

La visita del Espíritu de Dios se manifiesta, pues, por dos signos sólo aparentemente contradictorios. Por una parte opera la paz y contento profundos; por otra estimula al deseo de más y mejor, a la conversión. Dios es Dios de paz y de amor, y necesariamente trae el gozo de la comunión; pero es el *Deus semper maior* que rompe los moldes pequeños en que yo le recibo, lo invade todo y me abre a nuevas dimensiones del amor. Además san Ignacio ve como normal el que uno se vea movido por diversos espíritus contrarios. Una calma sin mociones de diversos espíritus le parece inquietante (*EE 6, 17, 32, 62, 118*). Sencillamente, es que uno no puede permanecer neutral ante la oferta amorosa de Dios.

Gustad y ved qué bueno es el Señor” (SI 33,9), La experiencia de este gusto viene de una poderosa acción del Espíritu que actúa en el corazón y produce un sentimiento de certidumbre...Es la gracia la que inscribe en el corazón las leyes del Espíritu (Rm 8,2). No hay que buscar seguridad sólo en las Escrituras de tinta, sino que la gracia de Dios escribe también en las tablillas del corazón las leyes del Espíritu y los misterios celestes. El corazón es el que domina y reina sobre todo el organismo del cuerpo, y cuando la gracia se apodera de los espacios del corazón, entonces reina sobre todos los miembros y todos los pensamientos... (Ps. Macario, *Homilias II, 15,20, PG 34 589a*).

4.5. Discernimiento en el mundo actual

Todavía una breve palabra sobre la actualidad del discernimiento. Estamos en tiempos de subjetivismos e individualismos, en los que todo el mundo busca disponer de sí mismo sin referencia a nada que esté por encima o al lado de él. Es decir, se pretende afirmar una autonomía absoluta, poniendo los propios deseos como voluntad suprema. Ni se busca la voluntad de Dios ni se tiene en cuenta al otro.... Esto por una parte. Por otra, nunca como ahora, estamos tan condicionados por innumerables mensajes que recibimos de fuera, bombardeados constantemente por los medios de comunicación social, por la publicidad insidiosa y por los sistemas de vida social, en los que todos estamos dependiendo de todos, hasta el punto de que casi es imposible zafarse de lo que todo el mundo hace, dice o piensa.

Una actitud de vigilante discernimiento podría tener especial valor contra esta voluntad de autonomía suicida, de ser yo el centro absoluto sin consideración a nadie. El discernimiento nos hace “ex-céntricos” en el sentido antes dicho. Y el discernimiento nos debiera hacer capaces de ser críticos con respecto al pensamiento global, al pensamiento único, que más que pensamiento son valoraciones o “concupiscencias” únicas al servicio de unos pocos.

En el ámbito eclesial me parece que una de las grandes carencias de nuestra Iglesia es precisamente la de ser (o, al menos, aparecer como) una Iglesia casi meramente moralista y legalista. Como ya he insinuado, parece que se da a entender que basta con cumplir lo que está mandado. Hay poco estímulo a buscar lo que Dios puede querer de cada uno más allá de lo que está estrictamente prescrito. Se fomentan poco los deseos de más y mejor. De ahí que tengamos cristianos gregarios, poco responsables, rutinarios, amorfos..., que viven una religión de obediencia pueril...

Un buen entrenamiento en el discernimiento podría sanear esta situación, ayudando a formar cristianos más generosos y maduros, con la madurez de los hijos de Dios.

4.6. ¿Discernimiento para todos?

De lo que he intentado decir se seguiría que la en la Iglesia deberíamos entrar como en un período de discernimiento para todos.

Pero podríamos preguntarnos: ¿Es esto posible? ¿Es posible llevar a la gente a esta responsabilidad, a esta corresponsabilidad? ¿Es posible el discernimiento para todos?

El mismo san Ignacio, como es sabido, hacía aquella distinción entre los que tenían y no tenían “sujeto”; y parece que las *Reglas* de discernimiento sólo las daba para los que él consideraba que realmente tenían “sujeto”.

A la gente común les dejaba con “*examinarse de mandamientos*”. ¿Es ésta una buena actitud?

Hay quien pretende que a la mayoría les bastan los mandamientos: que el Papa, obispos, sacerdotes... digan bien claro lo que hay que hacer, y no metamos a la gente en complicados discernimientos, que sólo son para los selectos.

¿Debe ser esto así: mandamientos para todos y, para algunos, discernimiento? Y en caso de que se dijese que discernimiento para todos, la pregunta sería: ¿No lleva esto inevitablemente a una frivolidad del discernimiento? ¿Cómo hacer que el discernimiento no se frivolice?

Es evidente que la palabra “discernimiento”, como todas las palabras importantes, se puede utilizar muy analógicamente.

Hay muchos niveles y formas de discernimiento. Tal vez se pueda hablar de algunas formas y niveles en los que se debería educar y formar a todos, mientras que otros niveles serían más bien para los que van siendo capacitados por Dios para ellos. Y hasta, seguramente, aquel “examen de mandamientos” que recomendaba san Ignacio era también un cierto nivel –y nada despreciable– de discernimiento.

Dios no es ajeno al hombre

Entre Dios y el hombre existe una relación real y, por tanto, verdadera comunicación. Pero, ¿de qué manera habla Dios al hombre? A través de los pensamientos y sentimientos del mismo hombre. Dios no actúa en el hombre como un ser ajeno, introduciendo en él realidades que no le son propias. Puesto que Dios es el Amor, y puesto que el hombre participa en el Amor por el Espíritu Santo, es éste quien actúa como la realidad más íntima del hombre. Es más, en el hombre el Espíritu Santo actúa en el amor como su más auténtica identidad. La acción del Espíritu Santo, precisamente porque es amor, es percibida por el hombre como su verdad misma. Por ello, los pensamientos inspirados por el Espíritu Santo y los sentimientos inflamados por él mueven al hombre hacia su más plena realización... *M.I. Rupnik, El discernimiento*